

El Cielo de la Maldición Un día más llega a todos vosotros aproximadamente a las 11 de la noche, acceso UNED. Hasta las 11 y media de la noche, una hora menos en Canarias.

El programa para los mayores de 25 años que aspiran a ingresar en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Esta noche, introducción a la historia del mundo contemporáneo. Vamos a hablar del siglo XVII, de su política y de su cultura, el barroco. Por Radio 3, en frecuencia modulada de Radio Nacional de España y otras emisoras de Radio Cadena Española. Radio Nacional de España.

El último día acabamos con el siglo XVI. Hoy nos ocupamos del siglo XVII, de algunos aspectos políticos del XVII y de la cultura de este siglo, conocido por su arte como el siglo del barroco. El siglo XVII El XVII es el siglo del barroco. Barroco significa recargamiento de formas, huida del orden y de la claridad, afianzamiento de lo retórico y ruptura de los límites de lo finito para llegar a lo infinito. El barroco, que se manifiesta en Europa y en América Latina,

latina, se observa en todas las artes, como pintura, arquitectura, literatura, música y hasta en el vestido. En el aspecto artístico y cultural, el XVII es el siglo del barroco, como el XVI lo fue del Renacimiento y el XVIII lo será de la Ilustración. En el aspecto político, el XVII representa la definitiva consolidación de la monarquía absoluta, del absolutismo monárquico que con el Estado moderno se había extendido por toda Europa durante el siglo XVI. Vamos a hablar primero del aspecto político y luego nos vamos a hablar de la política y luego nos vamos a hablar de la política. Nos ocuparemos de la cultura de este siglo, la cultura barroca.

En el terreno político, el XVII es el siglo de mayor esplendor para el Estado moderno, pues casi todas las monarquías nacionales se engrandecen. Solo hay una excepción que es la monarquía española. Como dijimos al final del último programa, el sistema de válidos que introducen en España los austrias menores, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, contribuye a nuestra decadencia, lo que coincide también con los primeros agotamientos de minas de oro y plata en las colonias hispanoamericanas. Pero recordemos los hechos. En 1598, dos años antes de acabar el siglo XVI, moría en una sobria habitación del sobrio palacio del Escorial, Felipe II.

hijo y sucesor de Carlos I, que fue a su vez sucesor de los reyes católicos. Con Carlos I, por las herencias recibidas, se fragua el imperio español, que Felipe II consigue preservar y engrandecer. España, en ese siglo XVI, es el país hegemónico de toda Europa, el líder indiscutible del bloque occidental. Lúgubre será el nuevo siglo, el XVII, como lúgubre fue la muerte de Felipe II en 1598, pues en el XVII comienza la decadencia española. Con su sucesor, Felipe III, ya se aprecian claramente los primeros indicios de la decadencia del poderío español, lo que es indudable ya en 1643, primer gran final del imperio hispánico, fecha que pone fin a un largo y penoso conflicto en que se ven implicados diversos estados europeos, la guerra de los 30 años. En 1643, la decadencia española, la guerra de los 30 años, es la primera en la historia de la guerra de los 30 años. La guerra de los 30 años es la primera en la historia de la guerra de los 30 años.

español en Rocroi, en el noreste francés, da un primer golpe de muerte al imperio español al significar la pérdida de control político de España sobre otros estados europeos. España deja de ser la gran protagonista de los estados europeos para pasar a ser una potencia de

segunda fila. Su lugar lo ocupará Francia. Acaba la etapa dorada de nuestra historia. El XVII, siglo contradictorio, es el del máximo esplendor del absolutismo monárquico, en general de auge para todas las monarquías nacionales, con la excepción de España. Francia quita a España su papel hegemónico y directivo en Europa. Francia quita a España su papel hegemónico y directivo en Europa.

La decadencia del imperio español desde Felipe III se atribuye, además de a causas económicas, al fracaso de la gestión gubernamental, a que se dejen los asuntos importantes en manos de válidos o favoritos, primeros ministros que, al estar poco interesados en los asuntos de Estado, sólo velan por sus intereses personales. Estos primeros ministros, que no atienden a la razón de Estado, se convierten en los auténticos jefes del imperio español. Podemos recordar con Felipe III al duque de Lerma y a su hijo y sucesor, el duque de Uceda. En teoría, se mantiene la idea de un bloque occidental tal y como había sido formulada por Carlos I y continuada por Felipe II, pero sin la necesaria planificación y agresividad militar para mantenerlo. El imperio español es el único país en el mundo en el que se ha convertido en un país de la justicia.

Se sigue una política pacificadora, de distensión, con Francia, Inglaterra y los Países Bajos, que al final no da resultado y tiene un desenlace negativo, que es la guerra de los 30 años. Los estados europeos aprovechan la debilidad de los gobernantes españoles para enfrentarse a ellos a lo largo de esta guerra, pues lo que está detrás es una lucha ideológica. Una lucha ideológica que cuestiona el modelo europeo que había construido Carlos I, es decir, un modelo en el que España era la cabeza directiva del bloque occidental, en el que existía un sacro romano imperio de carácter católico, cuyo principal protagonista era nuestro país. España, desafiada en la guerra de los 30 años, terminará siendo vencida y sustituida por Francia, que ya había empezado a hacerse sentir con Felipe II, al lejos de la guerra de los 30 años. La guerra de los 30 años es una guerra de los 30 años.

que hizo firmar la paz de Cateau-Cambrécy en 1559. Al fallecer Felipe III en 1621, su sucesor Felipe IV, que sigue con el sistema de válidos, es el gran testigo de la decadencia. La paz de Westfalia, en 1648, siete años antes de morir Felipe IV, simboliza la nueva correlación de fuerzas de los estados europeos, donde España ya no es la protagonista. Carlos II, sucesor de Felipe IV, declarado mayor de edad en 1657 y fallecido en 1700, en el mismo momento en que empieza el siglo XVIII, se encuentra con un imperio destruido, con una hacienda calamitosa y, para colmo, es un rey enfermizo falto de energías. La decadencia política del XVII es paralela a la decadencia de la época de la guerra

económica, pues decrece la llegada de metales preciosos y hay crisis en la agricultura, en la industria y en el comercio, lo que afecta a la falta de recursos de la hacienda del Estado. El siglo XVII es en política, dijimos al comienzo, el prototipo del absolutismo. Pero de decadencia absoluta para una monarquía como es la española y de triunfo hegemónico de otra como es la francesa. Hasta el punto de que un rey como Luis XIV de Francia, el rey Sol, se atrevió a afirmar que, le ta, se moi, el Estado soy yo. Frase que resume perfectamente todo lo que es el absolutismo monárquico, el poder concentrado en una sola mano, la del rey. Le ta, se moi, el Estado soy yo. La expresión más acabada del absolutismo monárquico.

de la monarquía absoluta que con el Estado moderno llegó a Europa desde mediados del siglo XV, se había extendido durante el XVI, se afianza definitivamente ahora en el XVII y empezará a liquidarse a finales del XVIII con la Revolución Francesa, en que pasaremos a un nuevo modelo de Estado que es el Estado liberal de derecho. Los teóricos del Estado moderno, del Estado absolutista, ya los hemos estudiado. Maquiavelo, Bodino y Joves. Maquiavelo y Bodino vivieron en el XVI, pero Joves vive en el XVII. Su obra *Leviatán*, de la que ya hemos hablado, se publica en 1651 y en ella justifica que el Estado sea una omnipotente máquina situada por encima de las individualidades ciudadanas y de sus diferencias. Joves, en el XVII, es el gran teórico del Estado moderno absolutista, como Maquiavelo lo había sido con el Príncipe y Bodino con los seis libros de la República en el siglo XVI. Para Joves, como sabemos,

El hombre en el estado de naturaleza es un lobo para el hombre, peligroso y destructivo para sus congéneres, que se somete voluntariamente a un pacto social con los demás, sacrificando para ello parte de su libertad, para que del estado natural pasemos al estado social o sociedad, donde la vida es más cómoda y constructiva, donde cabe impulsar el desarrollo y el progreso. Pero esto solo es posible si sacrificamos parte de nuestra libertad, para entregársela a alguien que nos gobierne con carácter absoluto y que esté por encima de todos. Y este gobernante, para Hobbes, no puede ser otro que un rey, un rey absoluto. El monarca absolutista, único detentador legítimo del poder político, puede así garantizar la estabilidad y el orden social. El rey absoluto así, controlando a la sociedad toda, evita que ocurra lo que pasaba en el estado. Y el rey absoluto, en el estado de naturaleza, que el hombre continuara siendo un lobo para el hombre.

Música En el XVII, en resumen, el Estado moderno llega a su máximo esplendor. El rey concentra todo poder político en sus manos y la toma de todas las decisiones, aunque se sirve como instrumento de una administración pública dividida en departamentos, que es la administración propia del antiguo régimen.

Pero ante el pensamiento absolutista de Hobbes, que justifica al rey absoluto, ya hay otros teóricos que se le oponen. Otro gran pensador del siglo XVII, también inglés, John Locke, en su ensayo sobre el conocimiento humano, defiende el inalienable derecho del hombre a su libertad. Locke influirá enormemente en Montesquieu y Rousseau. Los politólogos progresistas de la Ilustración Francesa, cuyo pensamiento será el motor ideológico de la Revolución Francesa, con la que se combatirá definitivamente al absolutismo y a su régimen. Por eso, la Revolución Francesa significará el comienzo de la destrucción del antiguo régimen de la monarquía absoluta y la transición de la forma de Estado propia del absolutismo, el Estado moderno, a otra forma de Estado, el Estado liberal de derecho. La Revolución Francesa es un proyecto de la Universidad de Montesquieu.

Pero aparte de los aspectos políticos, hay muchos más aspectos interesantes en el siglo XVII. Así, hay que considerar la religión, la filosofía y la ciencia, la cultura y el arte. En religión, la problemática es muy clara, pues se hereda del siglo anterior. Se afianzan tanto la reforma protestante de un lado como la contrarreforma católica de otro. La iglesia contrarreformista, para reafirmarse, tanto en Italia como en España, favorece a las artes, pintura y arquitectura porque necesita rodearse de un boato y una grandeza que tuvo mucho de decoración y escenografía, como el espíritu de los tiempos, el del barroco.

Además, los grandes papas de la contrarreforma quieren imitar, para no ser menos, a los grandes papas del Renacimiento. Así en España, la iglesia es la gran mecenas de Zurbarán, Murillo o Rivera. Y también la corona, que, aunque está llevando al país al desastre, necesita de una corte fastuosa y grandilocuente. Felipe IV, por ejemplo, mandó construir el Palacio del Buen Retiro, uno de los conjuntos más admirables de su época, y tomó a Velázquez como pintor de cámara. En filosofía estamos en el siglo del racionalismo. Fundamental es René Descartes, con su discurso del método, cuya hipótesis de partida, axioma indiscutible que no necesita demostración, es «pienso, luego existo». No considera necesario demostrar la existencia, la que da por hecho, porque parte del predominio absoluto de la razón humana. En la cúspide de su sistema, Descartes sigue haciendo aparecer a Dios, cuya existencia considera perfectamente la existencia de Dios.

demostrable desde el conocimiento racional. También hemos de recordar a otro racionalista, el judío portugués nacido en Ámsterdam, Benito Espinoza. Concibe un universo panteísta donde de nuevo se intenta aplicar la razón matemática a la demostración de la existencia de Dios. Como joves defiende al Estado como una organización superior, pero no de un modo tan absoluto y categórico, sino que ve al Estado como el instrumento que debe servir para lograr la plenitud del hombre individual. En esto se acerca Locke. La filosofía del siglo XVII será culpable de que el hombre termine por estar orgulloso de su razón, y en el terreno político ello es positivo, porque por vez primera sobre un planteamiento racional se empieza a dudar del principio de autoridad absoluta, lo que prepara el camino al triunfo de la Ilustración en el XVIII. El hombre en estos momentos, con su razón, se ve capaz de desentrañar todos los secretos de la humanidad.

el universo, hasta incluso la demostración de la existencia de Dios. Como podemos suponer, la iglesia contrarreformista no ve con buenos ojos tales intentos de compaginar la razón humana con la revelación, viejo tema que ya se había planteado en la Edad Media con Santo Tomás. Pero consecuencia y beneficio inmediato de este racionalismo es el despegue de la ciencia matemática con Leibniz o de la física con Newton. Desgajándose definitivamente del árbol de la filosofía, estas ciencias pasan a ser plenamente consideradas como ciencias exactas. Descartes, insistiendo en el método racional. Leibniz, creando el cálculo infinitesimal. Newton, construyendo el sistema teórico clásico de la mecánica.

Galileo con sus observaciones científicas sobre la Tierra y el Universo, descubrimientos de los que tiene que retractarse, negarlos por imposición del Papa Urbano VIII. Todo contribuye, de una u otra manera, a que no haya duda en que la síntesis del siglo es la concepción del hombre como ser racional. En la cultura despegue un nuevo género musical, la ópera, género que plasma mejor que nada el espíritu del siglo, al ser síntesis de elementos racionales. Gran riqueza expresiva da a su obra Monteverdi, al que se considera creador del género. Música y canto se funden en la ópera, espectáculo que es síntesis de muchos elementos y que requiere de un gran esfuerzo.

de una gran escenografía teatral. Los trucos teatrales, los efectos, los espejos, la tramoya en una palabra, son fundamentales. Además del nacimiento de la ópera, el barroco en música permite incrementar considerablemente el número de instrumentos y también el de solistas, gestándose así la orquesta moderna. Con la música se quieren romper los límites de lo finito persiguiendo lo infinito. Vivaldi, Bach y Händel son las grandes figuras, los

gigantes del barroco, pero vamos a hablar de la ópera. La ópera es un teatro cantado y su cuna es italiana. Monteverdi es su primer gran genio, aunque no su inventor. La ópera nace como teatro popular que el público sigue y pide. Es un fenómeno moderno que se haya convertido en un espectáculo para las clases altas, pero en su cuna italiana es popular y al alcance de todos. La cuna es un espectáculo que se ha convertido en un espectáculo que se ha convertido en un espectáculo.

orquestas y directores de prestigio se reservaban para los teatros más caros y de prestigio. Igual que había compañías de cómicos ambulantes, también las había de cantantes que iban haciendo ópera como saltimbanquis y aquí se encuentra la diferencia entre la ópera bufa y la ópera seria. La ópera es un drama o una comedia con música. A Monteverdi se le considera, por ser el padre de la verdadera ópera, el introductor del barroco en música. La ópera engarza perfectamente con el espíritu expresivo del barroco. El estreno de su Orfeo 1607 suele considerarse como el inicio de la época barroca. Vamos a escuchar de Orfeo un fragmento instrumental. Orfeo 1607

¡Gracias! ¡Gracias!

En literatura estamos en la época de Shakespeare, en Inglaterra. Calderón y Cervantes en España. Racine o Molière en Francia. El texto se convierte en algunos casos en jeroglífico. Hay mil sentidos que descifrar. Es un desafío. Conceptismo y culteranismo son en España dos actitudes literarias enfrentadas. El alma humana aparece como un recipiente inabordable en el que se descarnan las pasiones, sólo contrapesadas por la ironía o el escepticismo. El barroco trastoca el viejo ideal de orden, equilibrio y medida del siglo XIX. En España...

Con una monarquía y una economía decadentes hay hambre y miseria. Surge en este contexto la novela picaresca. El pícaro desconfía de todo, buscando sin cesar nuevas respuestas. Se trata de una España esquilmada que muy bien reflejan los borrachos de Velázquez. En política estamos en una situación decadente, pero en cultura, por el contrario, estamos en el siglo de oro de las artes y las letras. Curiosamente, las épocas de crisis suelen ser ricas en producción artística. Aunque las guerras interminables habían dejado al país agotado y sin recursos, y a la sociedad sumida en el miedo y el escepticismo, la producción artística está en un momento óptimo. La literatura barroca representa el auge de la representación de la teatralidad de lo ficticio. Arte y literatura son ficciones creadoras, lugares aptos para el desarrollo de la fantasía, ante una política en crisis. Y una economía en crisis. Esta es la grandeza y la granza de la historia.

decadencia del siglo XVII. Un siglo, ante todo, contradictorio y complejo. La variedad de la música barroca refleja perfectamente lo que es la variedad del siglo XVII. Un siglo contradictorio y complejo. Un siglo que, por una parte, es racionalista y, por otra parte, permite precisamente el despliegue del arte barroco. Un arte que busque el afianzamiento de lo retórico, la huida del orden y de la claridad, el recargamiento de las formas. Las sonatas para clave de Domenico Scarlatti nos dan prueba de esta variedad. La variedad de la música barroca refleja perfectamente lo que es la variedad del siglo XVII.

La Biblia La Biblia

¡Gracias! ¡Gracias!

Por hoy nada más, muchas gracias por vuestra atención y hasta mañana. Un edpone.fm

Buenas noches. Buenas noches.

¡Gracias!